

LA SOLEDAD DE LOS DIFUNTOS

David Moral

Departament de Gestió d'Empreses, Universitat Rovira i Virgili

Pilar Gil Tébar

*Departamento de Historia, Geografía y Antropología,
Universidad de Huelva*

Ariadna Solé

*Grado de Antropología y Evolución Humana,
Universitat Oberta de Catalunya & Universitat Rovira i Virgili*

Sol Tarrés

*Departamento de Historia, Geografía y Antropología,
Universidad de Huelva*

Jordi Moreras

*Departament d'Antropologia, Filosofia i Treball Social,
Universitat Rovira i Virgili*

Los tiempos de excepcionalidad que estamos viviendo están afectando a la manera en que nuestra sociedad aborda la muerte. Al incremento de defunciones debido a la propagación de la COVID-19, se suma la decisión de decretar el confinamiento social y la suspensión de todo tipo de actos y celebraciones públicas, entre ellas, las ceremonias fúnebres. Así, hemos tenido que despedir a nuestros difuntos sin ningún tipo de ritualidad, laica o religiosa, de adiós. Los difuntos han sido inhumados o incinerados con una presencia muy limitada de familiares o allegados, o incluso, sin que estos supieran dónde estaban sus fallecidos y sin que mediara prácticamente ningún acto ritual.

La soledad de los difuntos destaca como uno de los elementos que hace aún más trágica la pandemia actual. Las defunciones durante este período —causadas o no por la COVID-19— se ven agravadas por las circunstancias de aislamiento en las que se producen. En algunos momentos de la pandemia, la negación recurrente del fallecido como persona, con-

vertido en un frío número estadístico, incluso podría interpretarse como una reacción al desconcierto ante la enfermedad.

No poder despedir a los difuntos de acuerdo con los cánones y las etiquetas sociales previamente establecidos dificulta la gestión del duelo íntimo y familiar, en tanto que no puede compartirse, aunque sea temporal o electrónicamente, con los allegados y conocidos que acompañan al difunto en su funeral. El duelo, en sus distintas dimensiones, queda suspendido ante la ausencia del ritual preceptivo. Es este un buen ejemplo para reconocer la importancia de las ritualidades cuando nos vemos obligados a prescindir de ellas.

Esta situación excepcional remite de manera inevitable a la tesis clásica de Norbert Elias sobre la retirada progresiva de los vivientes con respecto a quienes están a punto de morir, pues «el proceso de morir se aísla de la vida social normal en un mayor grado que anteriormente» (Elias, 1987: 139). La pandemia y las restricciones sociales obligadas han puesto en evidencia que la articulación de este proceso de distanciamiento respecto a la muerte se había puesto en marcha mucho antes.

En efecto, en 2019, el 55,4 % de los difuntos murió en un centro hospitalario y el 14,7 % de los mayores de 65 años lo hizo en una residencia sociosanitaria¹. Aunque no se abandona a nadie ni en hospitales ni en residencias, es evidente que nuestra sociedad ha optado por estos espacios asistenciales como lugares donde gestionar las situaciones inmediatas a la muerte, especialmente la de la gente mayor.

La muerte es, ante todo, un asunto de los vivos, tal como mostramos en una obra colectiva (Moreras, ed. 2019). En la definición social de la «buena muerte», la dignidad con la que debe tratarse a los difuntos desempeña un papel fundamental. Incluso en ausencia del cuerpo del difunto, celebramos ceremonias de despedida (Thomas, 1989), que facilitan el tránsito y el reajuste de los que sobreviven. Sin embargo, en la situación actual, se produce lo contrario: está el difunto, pero no sus allegados.

Sin ritual, el duelo queda suspendido y no puede cerrarse ni individual ni socialmente. Cuando remita la pandemia, así como la incertidumbre que nos afecta en estos momentos, será tiempo de hacer balance de lo sucedido y de reparar algunas de las situaciones que se han vivido. La

¹ *Estadística de defunciones según la causa de muerte*. Instituto Nacional de Estadística (<www.ine.es>) (consulta: 6 de mayo de 2020).

despedida aséptica y distanciada a nuestros difuntos, así como la gestión del duelo, deberá analizarse.

Porque, en este contexto de muerte colectiva (Clavandier, 2004), en el que las primeras medidas se han adoptado desde la premura y la urgencia, no ha habido mucho tiempo para estimar la dimensión simbólica de esta catástrofe sanitaria global. Y porque, además, va a ser imprescindible combinar la construcción de la memoria en primera persona y su articulación social, para construir su necesaria superación colectiva.

Bibliografía

- CLAVANDIER, G. (2004). *La mort collective. Pour une sociologie des catastrophes*. Paris: CNRS Éditions.
- ELIAS, N. (1987). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MORERAS, J. (Ed.) (2019), *Socio-antropología de la muerte. Nuevos enfoques en el estudio de la muerte*. Tarragona: Publicacions Universitat Rovira i Virgili.
- THOMAS, L.-V. (1987). *El cadáver. De la biología a la antropología*. México: Fondo de Cultura Económica.